

El temboruco

México sigue sorprendiendo a los priístas. Luego de las elecciones federales, las movilizaciones de protesta de la oposición, y en particular de histórica concentración de apoyo a Cuauhtémoc Cárdenas y de rechazo al fraude en la Plaza de la Constitución (16 de julio de 1988) mostraron el nivel del rechazo popular al proyecto político oficial, al programa económico de los tecnócratas y al candidato presidencial del PRI, sin que la respuesta de los salinistas sea otra que la tradicional. El 6 de julio de 1988, la cultura política de la participación popular logró frenar a la subcultura del fraude de la burocracia gobernante, pero la reacción oficial ante la derrota ha sido la misma de siempre, como era de esperarse; tras la brutalidad del fraude vinieron: a) el triunfalismo; b) las manipulaciones desbocadas para legitimarse, y c) la búsqueda de las componendas, ignorándose lo que las elecciones pusieron de manifiesto: que a la mayoría de los mexicanos no se les puede seguir engañando.

Las muestras de triunfalismo no son en todo caso más que nuevas evidencias de que el "sistema" mexicano de gobierno ha alcanzado sus límites. Las elecciones de julio constituyeron una derrota no nada más para el régimen, su partido y su candidato, o para De la Vega Domínguez, los "charros" sindicales y los salinistas que organizaron la campaña. Fueron también un revés contundente para los hacedores de encuestas; los analistas del Departamento de Estado; Televisa y sus comunicadores estelares Jacobo Zabludovsky y Guillermo Ochoa; la Coparmex y sus campañas de desinformación y para el estilo priísta de hacer política. Y, sin embargo, se insiste en la misma vía de las manipulaciones buscan-

do la convalidación del fraude.

Los editorialistas salinistas, al pretender que aún sin los ilícitos el candidato del PRI hubiera podido ganar, faltan desde luego a la verdad y no exponen más que un acto de fe. El fraude estaba ya configurado a lo largo de la campaña con las presiones ilícitas de los medios, la utilización ilegal de bienes y recursos oficiales, y la alteración del padrón; y lo acabaron de tipificar las manipulaciones del día del voto. La jornada electoral fue particularmente sucia, como lo prueban múltiples testimonios y evidencias, y a ella se agregó el proceso de "la alquimia"; que más que maquillar las cifras rehizo la votación en miles de secciones por una simple razón: el candidato del PRI perdía en las cifras oficiales *a pesar de los fraudes*. El argumento de que Salinas ganó por el voto campesino e indígena no es tampoco honesto: en buena parte del México rural no se vota, son los caciques priístas los que fabrican los paquetes electorales, y en aquellas zonas en donde hubo un mínimo de vigilancia Cárdenas ganó, como lo hizo también en el México urbano. Las instrucciones de la Secretaría de Relaciones Exteriores a las embajadas mexicanas para que refuten a la prensa extranjera (*unomásuno*, 9 de julio de 1988), no logran ocultar por lo tanto lo que ya se conoce aquí al igual que en el exterior: el gobierno delamadrista intentará hacer valer sus cifras como oficiales, pero el PRI y su candidato fueron política y moralmente derrotados en las urnas.

El país vive, probablemente, uno de los periodos más trascendentales de su historia reciente. En las elecciones, los mexica-

nos repudiaron al régimen priísta y "la alquimia" los hizo aparecer como triunfadores, pero es la Cámara de Diputados constituida en Colegio Electoral, la instancia que en el mes de septiembre calificará las elecciones: a) evaluará si éstas fueron limpias (como claman los salinistas, los "charros" obreros y los articulistas del régimen) o bien configuraron una operación fraudulenta sin precedentes por su complejidad y dimensiones (como lo ponen de relieve miles de testimonios); y b) determinará quién ganó: si Cuauhtémoc Cárdenas o Carlos Salinas de Gortari. Los sesenta días siguientes a la elección no constituyen por lo tanto, esta vez, un episodio más de la disputa por la Nación: son un periodo crucial de su definición, y el margen estrecho que existe para que Cárdenas triunfe con la legalidad en la mano aún no está cancelado. El *temboruco*, triunfalista de los priístas olvida que, formalmente, México tiene aún un régimen de Derecho, y que no es buscando la intervención de gobierno extranjeros para convalidar su supuesto triunfo como podrían alcanzar un mínimo de credibilidad.

Los hombres de Salinas han reaccionado ante el desastre en términos priístas ortodoxos, buscando amarrar navajas a la oposición a fin de evitar la unión PAN-FDN en defensa del voto, y tratando de entrar en transacciones con dirigentes del PAN, del PMS o del FDN sugiriéndoles la posibilidad de un gobierno de coalición: todo ello evidentemente con el fin de desmovilizar el entusiasmo de un pueblo que, se olvidan, está dispuesto a lucha con el regocijo de reconocerse en su triunfo. Porque el agravio del fraude tiene esta vez en contrapartida la decisión popular por tener un gobierno, malo o bueno, pero que sea su gobierno.